

## Evangelio del día

[Tercera semana de Adviento](#)

### “Tu ruego ha sido escuchado”

#### Primera lectura

##### Lectura del libro de los Jueces 13, 2-7. 24-25a

En aquellos días, había en Sorá un hombre de estirpe danita, llamado Manoj. Su esposa era estéril y no tenía hijos.

El ángel del Señor se apareció a la mujer y le dijo:

«Eres estéril y no has engendrado. Pero concebirás y darás a luz un hijo. Ahora guárdate de beber vino o licor, y no comas nada impuro, pues concebirás y darás a luz un hijo. La navaja no pasará por su cabeza, porque el niño será un nazir de Dios desde el seno materno. Él comenzará a salvar a Israel de la mano de los filisteos».

La mujer dijo al esposo:

«Ha venido a verme un hombre de Dios. Su semblante era como el semblante de un ángel de Dios, muy terrible. No le pregunté de dónde era, ni me dio a conocer su nombre. Me dijo: “He aquí que concebirás y darás a luz un hijo. Ahora, pues, no bebas vino o licor, y no comas nada impuro; porque el niño será nazir de Dios desde el seno materno hasta el día de su muerte”».

La mujer dio a luz un hijo, al que puso de nombre Sansón. El niño creció, y el Señor lo bendijo. El espíritu del Señor comenzó a agitarlo.

#### Salmo de hoy

##### Salmo 70,3-4a.5-6ab.16-17 R/. Que mi boca esté llena de tu alabanza y cante tu gloria

Sé tú mi roca de refugio,  
el alcázar donde me salve,  
porque mi peña y mi alcázar eres tú.  
Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza  
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.  
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,  
en el seno tú me sostenías. R/.

Contaré tus proezas, Señor mío;  
narraré tu justicia, tuya entera.  
Dios mío, me instruiste desde mi juventud,  
y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

## Evangelio del día

##### Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 5-25

En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote de nombre Zacarías, del turno de Abías, casado con una descendiente de Aarón, cuyo nombre era Isabel.

Los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin falta según los mandamientos y leyes del Señor. No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos eran de edad avanzada.

Una vez que Zacarías oficiaba delante de Dios con el grupo de su turno, según la costumbre de los sacerdotes, le tocó en suerte a él entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso; la muchedumbre del pueblo estaba fuera rezando durante la ofrenda del incienso.

Y se le apareció el ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías se sobresaltó y quedó sobrecogido de temor.

Pero el ángel le dijo:

«No temas, Zacarías, porque tu ruego ha sido escuchado: tu mujer Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Te llenarás de alegría y gozo, y muchos se alegrarán de su nacimiento. Pues será grande a los ojos del Señor: no beberá vino ni licor; estará lleno del Espíritu Santo ya en el vientre materno, y convertirá muchos hijos de Israel al Señor, su Dios. Irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, “para convertir los corazones de los padres hacia los hijos”, y a los desobedientes, a la sensatez de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto».

Zacarías replicó al ángel:

«¿Cómo estaré seguro de eso? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada».

Respondiendo el ángel, le dijo:

«Yo soy Gabriel, que sirvo en presencia de Dios; he sido enviado para hablarte y comunicarte esta buena noticia. Pero te quedarás mudo, sin poder hablar, hasta el día en que esto suceda, porque no has dado fe a mis palabras, que se cumplirán en su momento oportuno».

El pueblo, que estaba aguardando a Zacarías, se sorprendía de que tardase tanto en el santuario. Al salir no podía hablarles, y ellos comprendieron que había tenido una visión en el santuario. Él les hablaba por señas, porque seguía mudo.

Al cumplirse los días de su servicio en el templo, volvió a casa. Días después concibió Isabel, su mujer, y estuvo sin salir de casa cinco meses, diciendo:

«Esto es lo que ha hecho por mí el Señor, cuando se ha fijado en mí para quitar mi oprobio ante la gente».

## Reflexión del Evangelio de hoy

### "Concebirás y darás a luz un hijo"

El texto de Jueces refiere el anuncio del nacimiento de un “nazir de Dios” a una mujer sin nombre, estéril, al que llamaría Sansón. La elección desde el seno materno del “nazir”, persona consagrada a Dios, respondía a un voto perteneciente a la Ley y recogido en el Libro de los Números. El nazareo era el nombre dado por los hebreos a la persona consagrada, es decir, separada para dar culto a Dios, por un tiempo determinado o de modo vitalicio. Se comprometía así, a servir a Dios cumpliendo la Ley a través de tres abstenciones: ingerir vino y productos de la viña, cortarse el pelo y tocar los cadáveres.

De este modo, Sansón, llamado desde el seno materno a ser “nazir de Dios”, se convertiría en el último y el más famoso de los Jueces de Israel.

La madre adquiere el protagonismo en este texto, relatando el diálogo con su esposo al haber sido visitada por el ángel del Señor. Le propone lo que sería un cambio de vida radical: concebir y dar a luz a un hijo. La esterilidad, asumida en la vida de la madre de Sansón (que significa en hebreo “sol”), se transforma en un proyecto de esperanza, no solo para la familia sino para el pueblo, un instrumento para la salvación de Israel de la mano de los filisteos. Vemos pues, una aproximación al gran acontecimiento de la encarnación de Cristo que se va vislumbrando a través de mediaciones humanas.

¿A qué nos invita esta primera lectura? A contemplar la acción de Dios que procede en la cotidianidad, a través de personas dispuestas a aceptar sin comprender del todo, pero enteramente solícitas a las palabras de Dios.

Es admirable la obra de Dios que puede realizarse también en cada persona cuando es invitada a hacer un proceso desde la esterilidad a la fecundidad, desde la desesperación a la realización de sus esperanzas, desde la soledad a la presencia. La actitud de la mujer de Manoj es la de entrar en ese diálogo escuchando, siguiendo las consignas, preparando y deseando lo que Dios quiere, que siempre será una promesa de fecundidad y de vida. De ahí la invitación del salmo a reconocer que Dios es nuestra esperanza desde la juventud y nos corresponde, aquí y ahora, narrar sus obras: “Que se llene mi boca de tu alabanza, y así cantaré tu gloria”.

### "No temas, porque tu ruego ha sido escuchado"

En esta Feria privilegiada de Adviento que anticipa y prepara la fiesta de Navidad, el evangelio nos presenta otro anuncio, esta vez del nacimiento de Juan Bautista. Ciertas similitudes con la primera lectura aparecen en el texto, como la esterilidad de una mujer humillada por su infecundidad, la irrupción de Dios en la cotidianidad a través del ángel y finalmente, el anuncio de lo que es “lógicamente” imposible.

Ahora el protagonismo recae en un esposo, Zacarías, quien es probado con la mudez por su incredulidad ante las palabras del ángel del Señor. El temor, el sobrecogimiento ante la noticia en un primer momento, da paso a la actitud de obediencia al anuncio de Gabriel. Y es que el proyecto de salvación de Dios para su pueblo se va realizando en el interior de cada persona atravesando la duda, el temor y la inseguridad. Zacarías aprendió a transitar, a su modo y ritmo, por los caminos de la confianza en la promesa, de la paciencia en el ruego, de la adhesión a la Palabra. Isabel, desde la paciente espera en la vejez, creyendo fielmente en Dios y cumpliendo sus leyes, descentrándose para engendrar al “otro”, aguardando la visita de Dios siempre sorprendente.

En medio del mundo tan vertiginoso como el que vivimos es bueno reconocer cómo la impaciencia está en el origen de muchas de nuestras actitudes: en nuestro desarrollo personal, en los entornos interpersonales y laborales, en nuestra relación con la creación. La impaciencia condiciona sin duda el proceso, la capacidad de asombro desaparece, la incredulidad en la acción de la gracia se instala en muchas ocasiones, mientras que la exigencia, el propio reconocimiento y la inmediatez cobran terreno.

Ponerse en una dinámica de súplica y de espera, como Zacarías e Isabel constituye un verdadero desafío. Frente a la tendencia de ganárselo todo por el propio empeño, reclamando el protagonismo, esperando todo de sí, el evangelio nos invita a crear un espacio en nuestra vida para que lo imprevisible o lo esperado, sea, nazca, vea la luz.

Podemos detenernos un tiempo y pensar con Isabel qué cosas ha hecho por mí el Señor, cuándo se ha fijado en mí. Hacer resonar en nuestro interior las palabras dirigidas a Zacarías: “No temas, porque tu ruego ha sido escuchado”.



Hna. María José Abad  
Dominica de la Anunciata

Soy Dominica de la Anunciata, nacida en Campo de Criptana, España. Educada con las Hermanas Dominicas de la Anunciata, entré en la Congregación respondiendo a la llamada de Dios, apasionada por la educación a la niñez y a la juventud, intuición carismática del dominico San Francisco Coll. Mi formación

en teología, educación, acompañamiento espiritual y pastoral señalan las áreas de predicación a las que como dominica, me siento llamada a evangelizar desde una experiencia de Dios: encarnar en la vida la fe y compartirla en comunidad, en familia, en misión. Y vivirlo con esperanza.